

DAN Y YO

Hacía "rowr". El dinosaurio que me regaló Dan cuando cumplí los nueve hacía "rowr". Nos hacía tanta gracia que llorábamos en el suelo durante horas, dándole sin parar al botón para que lo volviese a hacer. Odio este viaje, porque mamá va todo el rato escuchando a personas hablando en la radio, y yo apenas puedo dormir porque el coche tiembla mientras atropella las piedras del asfalto. Así que para distraerme, me acordé de mi dinosaurio. Y de Dan.

Tres meses antes de mi cumpleaños había conocido a Dan, porque se mudó con sus padres a mi urbanización. Recuerdo que en la piscina me dijo que no le gustaba hablar con gente, "pero me caes bien". Y yo tan sólo le había prestado una pistola de agua para que jugase con Jimena, con Rubén y conmigo. A ellos apenas los volví a ver, pero desde ese día Dan y yo nos hicimos inseparables. Hasta el día que murió, claro. Ay no, no me quiero acordar de eso.

Dan iba a un colegio diferente, y no tenía fama de ser muy bueno. Me acuerdo que decía que, si tuviese rejas en las clases, sería exactamente igual que una cárcel. Su tío había estado en una, así que sabía de lo que hablaba. Yo tenía bastantes amigos en el cole, y todos el día de mi cumpleaños conocieron a Dan. Le dije que podía traer también a sus amigos por si se aburría, pero decía que no tenía muchos. Vino con un chico llamado Luis, pero no hablamos demasiado; creo que no le caí muy bien. En el instituto acabaron saliendo un par de meses. También salió con Marta, con Fran y con Estela, y ellos tampoco me soportaban, porque decían que Dan me quería a mí más que a nadie. "Es que siempre sois Dan y tú". Recuerdo que, cuando se lo conté a Dan, se rió y dijo: "es que es verdad, siempre somos tú y yo".

No puedo dormir. He estado un rato mirando cosas sin sentido alguno en el móvil para intentar aburrirme tanto que me acabase durmiendo. Pero es que no puedo dormir. Con lo fácil que era dormirse en el campo de Dan. El sonido de los grillos se transformaba en un sonido ambiente que acababa siendo incluso relajante. Y ahora me parece algo insoportable.

A Dan le encantaba llevarme a su campo, porque decía que era su lugar favorito. Que se podía incendiar la Tierra si quería, que se quedaría en su campo para siempre. Así tenías que ser, Dan. Dios, te echo de menos. Ay, no.

Decía que era su lugar favorito porque no había nadie más. Íbamos con sus abuelos, pero ellos siempre nos dejaban hacer lo que quisiésemos por el bosque. Su abuela Trini nos contó que en el bosque que había junto a su campo estaba enterrado el tesoro de la Reina Lupa, y que nunca nadie había conseguido encontrarlo. Dan y yo acabamos creando nuestros propios instrumentos o dibujando mapas para dar con el tesoro. Todo verde y en completo silencio. Tan sólo mi voz buscando la de Dan, y su voz buscando la mía. Para Dan su campo era como una "idílica nada", en la que sólo estaba Dan, y, cuando iba yo, tan sólo Dan y yo.

Un sábado le hablé de las constelaciones, porque las había aprendido en Cultura Clásica. Había intentado memorizarlas todas para señalarlas aquella noche en su campo, aunque sabía que Dan no prestaría atención a lo que estuviese contando. Siempre que le enseñaba algo se entusiasmaba más por la forma en la que se lo contaba que en el contenido en sí. Pero a Dan le gustó hablar de las estrellas, y estuvimos así durante horas. Me dijo que las estrellas que más brillaban eran en realidad personas que habían querido demasiado. Que habían sentido muchas cosas a lo largo de su vida y que por eso brillaban tanto, o algo así. "Yo sé que brillaría mucho, pero no me apetecería nada", me dijo.

Al final conseguí dormirme. Hace un rato mi madre me ha despertado en el coche, y me ha dicho que es mejor pasar la noche en este hotel. Para llegar mañana con tranquilidad y tal. Como mi madre sale tarde de trabajar, hemos dejado Barcelona en pleno atardecer, por lo que nos quedan unas cuatro horas para pisar Granada. No me apetecía cenar, a pesar de que mi madre se puso especialmente pesada. Pero me duele tanto la cabeza que soy incapaz de comer. Es de los nervios, según mi madre. Así que llevo un rato mirando al techo del hotel, sin hacer absolutamente nada.

Hasta que cogí el móvil, y me puse a releer mis conversaciones con Dan, como todas las noches. Siempre voy a las más antiguas, porque me derrumbo leyendo las del último año. Cada vez Dan estaba más distante. Yo puse mi mayor esfuerzo en seguir hablando todos los días, a pesar de haberme tenido que mudar de Granada a Barcelona. Pero Dan cada vez hablaba menos o contestaba tarde. Me dio tanta pena perderme su catorce cumpleaños, y más cuando supe que había sido el último. Sigo pensando que si no me hubiese mudado, podría haber evitado que te suicidases, Dan. Irremediablemente acabé llorando, y del llanto pasé al sueño.

12

Nos metimos pronto en el coche. No he desayunado, pero es que no podía. Nos quedan menos de dos horas para llegar a Granada. Mamá me ha dicho que duerma un rato o le cuente cosas para distraerme. Pero le he dicho que no quiero. Porque no puedo hacer otra cosa más que pensar todo el rato en Dan. Por cada segundo que pasa me encuentro peor, porque significa que estamos más cerca.

Llevo todo el viaje intentando evitar acordarme. Mamá sigue escuchando a gente en la radio, y yo miro sin mirar por la ventana. Y no quiero acordarme. Dios, es que no quiero. Aquel día se me vino todo encima. Ay, no. Tendría que haberme dado cuenta. O yo o tus padres o quien fuese. Tendría que haber notado lo triste que estabas. Me acuerdo que cuando bajé en Navidad me enseñó *La Metamorfosis* de Kafka, y le dije lo mucho que odié ese libro, porque no había entendido nada. Y tú, Dan. Por Dios. Dan, dijiste que te gustaba tanto, porque a veces te sentías como Gregorio Samsa. "Como una maldita cucaracha". Por Dios, Dan. Cómo no me di cuenta.

Estoy intentando no llorar, porque si mi madre se entera es capaz de hasta hacernos volver a Barcelona. Y yo ya quiero llegar a Granada. Estoy intentando no llorar. No voy a llorar. Pero es que ese día fue horrible. Mamá vino a recogerme a clase, y me lo contó en el coche. Me contó que tus padres te habían encontrado sin vida en tu maldita cama azul. Que te habías muerto, Dan. Y aunque hayan pasado cinco meses, sigo temblando cada vez que mi madre me llama "Cariño" en el mismo tono en el que me lo dijo. No voy a llorar, pero es que me dio tanta rabia ese día. Mamá me dejó en casa de mi abuela, porque siempre vivió en Barcelona. Lo peor es que no llovía; había una enorme bola amarilla en el centro de un fondo azul. Es que no llovía. La gente estaba caminando feliz por la calle bajo la luz del Sol, y yo quería que tronase como nunca. Que se inundasen mansiones y océanos. Necesitaba que todo el mundo sintiese la pena que me invadió ese día. Dios, Dan, te habrías burlado tanto de mí. Pero es que había tanta gente tan feliz en la calle, mientras tú escasos minutos antes habías dejado de sentir.

Ya no queda nada. Acabamos de pasar el cartel de "cementerio". Me ha sentado tan mal leerlo que por poco agarro el volante y hago al coche dar vueltas con tal de no llegar. He intentado distraerme en lo poco que quedaba de viaje, pero mi madre ha aparcado. "Ya hemos llegado".

Soy incapaz de admitir que Dan está en este maldito lugar. Me negué a ir a su funeral porque no era capaz de creérmelo. Es que no podía. Mi madre me tuvo

que mandar una maldita foto de su corona de flores, y yo no le quise hablar cuando volví. Porque juro que no podía creerme que se hubiese muerto. Y sigo sin hacerlo. Por eso es la primera vez que vengo aquí.

Le pedí a mamá que se quedase en la entrada del cementerio, porque no quiero que nadie más esté aquí ahora mismo. No sé si me estás viendo, Dan, pero estoy justo delante de tu maldita lápida. Te aseguro que la odiarías, porque es feísima. No te pega nada. Como estar aquí abajo.

Dan, estoy de rodillas justo enfrente de ti. O encima, o debajo. Por Dios, Dan. Por qué no estás aquí, por qué te has ido. Ya no podemos reírnos de mi dinosaurio, ni correr cuando aparecen coches de policía aunque no hayamos hecho nada. Ahora no estás, y ahora soy yo la maldita cucaracha, que se muere ahogada por el polvo de debajo del sofá.

Ay, por qué tuviste que callarte tanto, Dan. ¿Era porque tus padres eran unos hipócritas? ¿Era porque se metían contigo? ¿Era porque yo me fui? Dios, Dan, te juro que habría vuelto a Granada andando con tal de hacerte sonreír. ¿Te acuerdas de lo mucho que nos reíamos? Por Dios, Dan. No puedo parar de llorar encima de tu maldita tumba. Sal de ahí, por favor, Dan. ¿Te acuerdas de cuando me recitaste la *Elegía a Ramón Sijé*? Por favor, Dan. Que mi alma vaga sola sin compañía. Sal, por favor, que tenemos que hablar de muchas cosas. ¿Era porque te aterraba la idea de crecer? Dan, por favor. Que me contestes. Dan, contesta. Por favor.

Lo siento tanto, Dan. Ojalá haberme dado cuenta. ¿Por qué nadie lo hizo? ¿Es que fingieron no escucharte gritar? ¿Es que intentaron no verlo, Dan? Soy idiota. Debería saber que jamás me vas a contestar. Me llena de rabia no poder volver a oír tu voz. Y que gritases mi nombre, Dan. Y yo dejaría de estar tan triste. Que tan sólo gritases mi nombre, como en el bosque. Y yo ya sabría que estás aquí. Y así no estaría pensando tanto en el día en el que me muera yo. Lo siento, Dan. Siento que te hayas ido y que yo no haya sido suficiente. Pero es que nadie nunca se da cuenta de nada. Hasta que ya es demasiado tarde.

Mamá ha venido a por mí. Dice que llevo un par de horas sin hacer más que mirar a Dan. Que mirar esta lápida tan fea. Me tengo que ir, Dan. Lo siento mucho. Este verano y todos van a ser horribles sin ti. Pero me consuela saber que eres una de las estrellas que más brilla, y que cuando muera, también lo seré yo. Y seremos las dos estrellas que más brillan en el cielo. Y dos personas nos señalarán y dirán que somos tú y yo. Que las dos estrellas que más brillan somos Dan y yo.